

IDEAS

La unión y la rebeldía nos salvarán

Leyendo estaba «Narraciones Vascas» de Arturo de Campión en sus párrafos más emocionantes «Los consejos de los tiempos pasados», que a pesar de su título me han parecido tan de actualidad, tan del momento, que voy a traduciros uno de sus días ogos:

«Reunidos estaban los vascos bajo el árbol venerable para recibir un mensaje del Cesar Augusto intimándoles a que se rindieran, cuando, saliendo de entre todos los asistentes, gritó un anciano de encorvado cuerpo y barbas hasta la cintura.

—Zara, Zara, ven si tienes corazón, porque yo, padre de Lekobidi, te quiero hablar delante de todo el pueblo.

Entonces un hombre fornido de unos treinta años se le acercó y cruzándose de brazos le dijo:

—Aquí estoy; habla señor.

Lekobide, cuando vió a Zara, comenzó a temblar, pero después recobrando poco a poco las fuerzas le habló de esta manera.

—Lelo mi hijo y tú en gran amistad vivíais. Una vez marchasteis de caza los dos a los montes de Urbasa; y cierta noche encontrándoos muy fatigados y empapados de nieve pegasteis en las puertas del castillo de Aranaz pidiendo hospitalidad. Begaiñ-Arrakil, señor del castillo, mandó que os abrieran las puertas a fin de que pasarais bajo techado aquella noche fría. Cuando entrasteis en la cocina conocisteis que Begaiñ-Arrakil, era un señor muy poderoso porque había allí mucha gente.

Entre aquellos montañeses una hermosa y esbelta muchacha más blanca que la luna y más dulce que la nieve, estaba hilando. Os sentasteis junto al fuego y entonces la muchacha se os acercó y os lavó los pies.

En un abrir y cerrar los ojos los dos la amasteis. ¡Amor lamentable y que tanta destrucción ha traído!

Aquella muchacha llamada Usva dió su corazón y su mano a Lelo. Entonces penetraron en tu alma el odio y la envidia. Antes de que terminaran las fiestas de boda asaltaste de noche la casa de mi hijo y mientras él dormía lo mataste y le robaste la esposa.

Lelo era entonces señor de Bizcaya para los dos años y la Junta te condenó a la pena de muerte. Pero tú con la ayuda de tus amigos y parientes todas las leyes de la Junta despreciaste.

Yo para vengar la muerte de mi hijo Le o reuní a mis servidores y quemé tu casa, degollé tus rebaños, arranqué tus sembrados, corté tus bosques y finalmente habiéndome apoderado de tus hermanos los ahorqué delante de la casa de tu madre.

—Al saber estas noticias toda la Euzkal-Erria se conmovió. Alava Guipuzkoa y media Bizkaia Navarra y los demás baskongados. Desde entonces dura entre nosotros la guerra civil. ¡Maldito seas asesino Lelo! Pero no; loco estoy. Perdóname por favor. Para el bien de Euzkal-

Para acabar con este malestar social, no hace falta emplear la metralleta y el exterminio, sino que los explotadores renuncien a sus privilegios obtenidos hereditariamente.

APUNTES DE HISTORIA VASCA

Inquietudes y abdicaciones

(Continuación)

En este elenco o tabla había que incluir a los «nacionales» de Bilbao y a los cuerpos forales establecidos por las diputaciones constitucionales que actuaban en las poblaciones dominadas por el liberal, sin omitir a los bizarros *txapelgois* (boinas rojas) que contando a Leftsundi, valeroso soldado, se habían hecho famosos por sus acciones heroicas, ni a los que con Muñagofi fomentaron la idea de que era posible tener fueros sin el pretendiente Carlos. Objetando a la conducta de Madrid decían los del ayuntamiento de Bilbao al gobernador del mismo en 13 de julio de 1835, que los bizkainos de cualquier política amaban con todo el fanatismo de la idolatría, o, si querían, con toda la ceguera de la preocupación, el régimen foral. El comodoro inglés lord John Hay, en comunicación de 20 de diciembre de 1839, generalizaba esta afirmación asegurando que «todos los vascoogados», con muy cortas excepciones eran fueristas. Y lo eran de verdad. Pues bien. Todos los vascos, librándose a los pocos que no se sentían fueristas, era de prometerse que puesto el asunto en los únicos términos que cabía ponerlo ya, se agruparan estrechamente en una sola y unánime aspiración, y se arrojaran ciegos de patriotismo resueltos a vencer o perecer en una guerra a muerte.

Pero contra esto debieron pesar otras razones para no variar la marcha.

Los oficiales carlistas aplicaron por su parte todo interés en salvar los fueros indemnes y puros, y que no obstante ellos arrastraron a la tropa al convento. La Torre, Urbiztondo y los jefes de brigada y batallones reunidos en Elofio, rechazaron con indignación el artículo del armisticio cuando en Abadiano fué redactado en estos términos: «Se confirman los fueros en cuanto sean conciliables con las instituciones y leyes de la nación.» Por lo que de su buena disposición foral no debe dudarse. Pero singularmente La Torre fué también quien más contribuyó a que el arreglo se cumpliera y las divisiones bizkaína y 3 de los batallones de la guipuzkoana se presentasen en Bergara y las de su mando dejasen el armamento. Por lo que la conducta de la oficialidad de no proseguir las hostilidades, pudiera ser justificada por razones poderosas. Unas quizá internas y otras externas. Entre las internas se hallaron acaso la falta de calma en el cuerpo carlista y su desbordado desconcierto; la actitud de franca rebeldía de los batallones 2.º, 11.º y 12.º de la división nabarra; la confusión de apertencias y criterios; la relajación del soldado; la exacerbación de las añejas enemistades entre la camarilla de Carlos y el alto mando militar; la falta de subsistencias y entretenimientos; la sed de que se concertase a todo trance la paz; la disparidad entre La Torre y la diputación carlista de Bizcaya; la superioridad numérica de las fuerzas enemigas (dos terceras partes más que las absolutistas solo en el país); los recientes y fastosos hechos de Ondafoa, Kafantza y pueblos de Alaba; y la pérdida de Orduña, Amuño, Artziniega y Valmaseda. Todo esto acontecía en el carlismo bizkaino y guipuzkoano. Y entre las razones externas de más gravedad pudiera ofrecerse la intransigencia de Palmerston, ministro de negocios extranjeros de Inglaterra. El ministro Palmerston contestaba mostrándose satisfecho a cooperar a la paz, más poniendo entre otras condiciones la del reconocimiento por las provincias vascas de la constitución, de la reina y de la regencia y la conservación de los privilegios e instituciones locales mientras fuesen compatibles con el sistema representativo y unidad de la monarquía. Y esto ya estaba contenido en el convenio celebrado. Lo que se quería no era esto: era la independencia; y a que se reconociera la independencia palpábase que no cooperaría Inglaterra. Y con Inglaterra en pugna, y en pugna probablemente, los carlistas armados no vascos, y sin recursos ni entusiasmos y sin un criterio firme y general, era demasiado aventurado declarar a España una guerra de carácter internacional.

El hecho es que en tales contrapuestos pensamientos, en tales marcadas incertidumbres y en tal flaqueza general, los jefes de uno y otro bando llamaban a la gente a sus banderas. El día 1.º de septiembre publicaba Espartero una alocución encaminada a los pueblos vascos y nabarros, y el mismo día Carlos y Gibelalde tiraban también proclamas a Nabarra y a las «provincias» vascas. Decía Espartero: Vosotros habéis sido engañados, vosotros habéis sido sorprendidos: en los

campos de Bergara se han reconciliado los españoles; y el ósculo de paz y la incorporación de las contrarias fuerzas será el principio que ha de asegurar para siempre la unión de todos los españoles bajo la bandera de Isabel II, de la constitución de la monarquía y de la regencia de la madre del pueblo, la inmortal Cristina. Carlos declaraba traidor a Maroto y condenaba la traición que a los pueblos les había vendido su Dios, su rey, su país y sus fueros, y les daba a escoger entre su rey o el traidor, entre su deber y su deshonra, entre el gobierno de sus antepasados o el de la constitución de Madrid. Y la de Gibelalde terminaba con las voces poco antes conmovedoras de ¡viva la religión! ¡viva el rey!

El mismo día de las arengas se abrían en la capital de España las cortes legislativas. A ellas se había confiado en Bergara una competencia que no era suya y por quienes no podían confiarla por no tener ellas facultades. España era una de las partes contratantes, y moralmente no podía ser España parte y dispensadora. Y tampoco los militares del convenio tenían autoridad para renunciar a la independencia: La competencia para lo uno y lo otro no residía fuera de las cortes nabarras y juntas de Bizcaya, Guipuzkoa y Alaba. Pero esto pocos escrúpulos removía.

El día 2 la diputación provincial de Alaba, diputación impuesta por las armas españolas, publicaba un documento para los alabeses, diciéndoles: Defendíais vuestros fueros: pues bien, el duque de la Victoria (Espartero) interpone su mediación por ellos; no será desoída la voz del que después de tanto tiempo pone término a las desgracias de la patria: la diputación se atreve a asegurarlo.

Esa seguridad precisaba a los guipuzkoanos. Los 5 batallones guipuzkoanos que no se habían presentado en Bergara, salieron de la línea de Andoain y Urnieta el día 1.º. Todos descreían de los ofrecimientos de Espartero, equívoco y nebuloso antes y ahora. Nombraron una comisión que fuera a Oñate a cerciorarse de sus compañeros de si en efecto se concedían los fueros en toda su integridad. (No necesitaban de ser concedidos; estaban en vigor al empezar la guerra y durante ella no habían perdido su valor) Volvieron los comisionados con la respuesta de que los fueros estaban concedidos (!) y garantizados. Ello y el estar minada la causa de Carlos, bastó para decidirles a caminar para adelante. Empezaron su marcha ruta a Bergara, a donde llegaron el 4. Para entonces había hecho Espartero trasladarse al mismo paraje a los 3 batallones guipuzkoanos restantes. Les habló a todos. Les habló con engaño. Les dijo que él respondía de la conservación de los fueros (¡vaya impostor!) y que no pasaría mucho tiempo sin que le viesan volver al país, y bailar con ellos, al son del tamboril, un *zortziko* en la romería de Afate. Y con comicidad y careta abrazó en pos al general Lañadizabal, que mandaba accidentalmente aquellos cuerpos del decadente carlismo. Fáciles de dejarse convencer, cedieron los guipuzkoanos.

Peor cariz presentaba la atmósfera en Elofio. En Elofio permanecía La Torre con la división que mandaba. Iba a licenciarse con toda formalidad. Más en esto algunos «nacionales» de Bilbao que se sentían fueristas y que si batallaban a favor del gobierno de Madrid era no más que por animaversión a los principios absolutistas propugnados por los apostólicos aparecieron en Elofio. Mascaban que faltaba la buena fe. Pedían la integridad de los fueros. Formaban corros con los carlistas y les lanzaban soflamas de fuego para que no soltasen las armas sin el reconocimiento de los fueros en toda su integridad. La Torre, que veía que todo iba a rodar, mandó sacarlos de la villa, dando parte a Aretxabala, comandante general de la Bizcaya liberal. Advertíale que no permitiese ir a nadie hasta concluir el licenciamiento. El día 3 dió con Aretxabala una orden invitando a los suyos a continuar sirviendo o a volverse a sus hogares y a que los últimos depositaran las armas en pueblo abierto. La división bizkaína acabó por formarse en la campa de San Roque de Elofio. Todos empezaron a desertar en grupos compactos de hasta 300 hombres. No querían continuar en la guerra y menos torcer sus armas contra el lema de Dios, patria, rey y fueros.

KONDAÑO.

Erría, olvidémosnos de los días pasados. Yo también te he causado injusticias, perdóname, por favor, en nombre de Fuzkal-Erria Dame tu mano; la quiero besar y si tienes sangre de mi hijo, mis lágrimas la lavaran.

Y arrodillándose comenzó a besar la mano de Zara.

Todos los de la asamblea lloraban y el cielo se cubrió de nubes por no ver aquella escena.

Zara se tapó el rostro con las dos manos, su pecho andaba de arriba a bajo suspirando, semejante al fuelle de una fragua. De pronto gritó.

Perdonadme baskongados. «Yo soy el mayor culpable. Pero tu padre infeliz, levántate del polvo, no es ese tu puesto y déjeme que bese los pies.

Zara se inclinó para ponerse de bruces; pero Lekobidi levantándose le detuvo diciéndole: ¡Ven a mis brazos hijo mío! ¡Unámonos todos!

Y aquellos vascos olvidando sus rencores, olvidando que unos eran cristianos y otros paganos, unieron sus armas contra el enemigo que les era común y de forma se aprovecharon todas las corrientes nacionales dándoles un determinado curso—conservar la independencia—mediante un cauce nacional donde se juntaron no las aguas turbias o encenagosas, sino el agua cristalina y pura del idealismo que convirtió el canal de la patria en el más hermoso y libre del mundo.

Parece mentira que acosados como estamos por todos los lados nos entretengamos todavía en discutir y contradecir cosas tan claras y limpias.

Siendo vascos y amantes de la Independencia todos, siendo españoles y enemigos de Euzkadi, ni con los que niegan a Cristo ni los que van ostentando su cruz en la solapa; porque todos son enemigos aunque ha veces sepan aprovecharse de las oportunidades y cantar descubiertos «Gernikako».

Yo no entiendo gran cosa de visiones políticas pero mi corazón de mujer me dice que días grandes se avecinan, días en que será preciso demostrar todo el valor y la serenidad que los pechos vascos encierran a veces... porque otras veces más que vascos parecemos bellotas.

Cierta tarde viendo Libe y en los párrafos enardecedores de la heroína, miré a un hombre que estaba a mi lado y que con sus exclamaciones de «así debíamos de ser ahora» no me dejaba en paz. Terminada la función y cuando nos dirigíamos hacia la puerta una, voz varonil me hizo estremecer, con un viva la revolución vasca. Detrás mío otra voz protestaba—¡Eso no; eso no, que tenemos hijos!

Miro... y era el señor que me dió la murga con el «así debíamos de ser ahora».

Así somos en efecto...

Calma... dicen por ahí... No creáis es la voz de la prudencia; es la voz del capitalismo que ve perdido su dinero y su bienestar en manos de una santa revolución.

¡Vascos todos! Unámonos contra España antes de que sea tarde, no nos vaya a suceder lo que a los hermanos Gamio que se perdonaron y unieron cuando se extinguían los últimos ayes de su madre moribunda y el deshonor de su hermana era ya un hecho.

¡Vascos unidos y en pie, por Euzkadi libre!

Polixene.

El fascismo es un régimen que no consiente más ideal que la mordaza, ni más postulados que la sumisión borreguil a todas sus injusticias.